

Puntadas

Maricela Diaz*

Vuelves a casa de tus padres a los treinta y seis. Un cliché al que juraste no recurrir, con la misma convicción con que evitas probar la carne... Pero ahí estás: con una maleta reventada de ropa vieja, otra plagada de libros y una caja de discos de acetato que insistes en llamar “colección”. En tu mochila, una hoja de vida arrugada, dos libretas a medio escribir, una cartuchera aniñada llena de útiles escolares y una planta medio muerta que se niega (como tú) a aceptar los cambios.

Tu madre te recibe con una sonrisa nerviosa, como quien intuye un mal presagio.

—Esto es temporal— afirmas, dando respuesta a un interrogante que nadie hizo.

La casa huele como siempre a limpiapisos de canela, a nostalgia, y ahora a derrota recién desempacada. Subes despacio las escaleras, mientras tratas de resolver qué vas a hacer para traer el resto del trasteo, arrastras las maletas hasta la entrada de tu cuarto, abres la puerta y se te empieza a dibujar una sonrisa al ver los afiches de *The Clash*, *Madness*, *Queen* y el tablero de corcho con poemas clavados con chinchas. Sobre el escritorio un papel doblado por la mitad, lo abres y te detienes a leer una frase subrayada con resaltador verde “*Cada año es una enfermedad con 365 síntomas*”. La frase pertenece a una canción que ya no recuerdas.

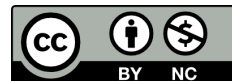
Levantas la vista. *Ella* está ahí, sentada en tu viejo sillón frente al ventanal que da a la calle. Se te revuelve la panza al verla, con su horrible trenza larga, apretada y su postura inerte.

* Magíster en Creación Literaria
Universidad Central
Correo electrónico: mariceladiaz19@gmail.com

Recibido: 05 de noviembre de 2025

Aprobado: 08 de enero de 2026

Publicado: 29 de mayo de 2026



EnDiálogo
SABERES Y CREACION

—Llegas tarde —dice con reproche.

—No tengo afán— respondes con firmeza al mismo tiempo que tiras de la maleta con ropa para ponerla sobre la cama.

—Me alegra ver que nada ha cambiado.

Se cruza de brazos y se concentra en la ventana. Observas cómo inhala profundo y no percibes ninguna señal de querer marcharse. Su sola presencia te agobia.

—¿Vas a decir algo o solo me vas a mirar?

—No tengo ganas de hablar —respondes con el último gramo de paciencia.

Aceptas una vacante mal paga en un colegio privado como docente de Lengua Castellana y Literatura. Mínimo cuarenta y un estudiantes por curso; aburridos, hiperconectados y a la vez desconectados de todo. Es la última hora de clase del día. La coordinadora te acompaña al salón para presentarte a grado once. Saluda a los estudiantes, les da mil recomendaciones de comportamiento y aprovecha para borrar del tablero frases sin verbo y trazos fálicos. Respiras hondo, saludas a tus nuevos estudiantes, algunos indiferentes, otros expectantes. La coordinadora le solicita a una estudiante su cuaderno, lee la última página con apuntes y le indica que estaban hablando acerca del Romanticismo. Te muestra la página para que la ojees y se retires.

El salón se queda en silencio, tu voz es lo único que llena el espacio:

—El “otro yo”, ¿alguien me quiere contar de qué se trata? —Solo se escucha la tos de un estudiante y un esfero que cae al suelo.

Pasas al tablero y escribes: *“La cosa más aterradora es aceptarse a sí mismo por completo”*. Escuchas un montón de murmullos.

—¿Alguien sabe a quién pertenece esa frase? —preguntas sin girar.

—¿De algún escritor loco? —responde una voz tímida.

—De un psicólogo. —y garabateas en el tablero bajo la frase: Carl Jung.

—¿Qué creen que significa?

Un estudiante levanta la mano

—¿Eso significa que uno es un monstruo?

—En cierta medida— aseveras y le das la palabra a otra persona.

—¿Quiere decir que uno puede convertirse en su peor enemigo?

—Significa que uno ya lo es. —y sonrías. —Aceptar quiénes somos no es aprobar lo que vemos frente a un espejo. Lo aterrador aparece cuando miramos dentro, cuando aceptamos eso que también escondemos: los miedos, los pensamientos imposibles de pronunciar, lo que nos avergüenza.

Algunos estudiantes agachan la cabeza al encontrarse con tu mirada, otros fingen tomar apuntes. Prosigues:

—El Romanticismo habla de eso. Los escritores, los poetas, los artistas... no solo amaban, sino también odiaban. Querían entender por qué dentro de uno mismo puede habitar algo que asusta. —Caminas entre las filas. —Por eso Jung, decía que es aterrador, porque es descubrir que no somos tan distintos a lo que nos horroriza.

Sientes una mirada penetrante sobre ti. Al fondo del salón en el último escritorio, está *ella*, apoyando la barbilla sobre su mano. Tratas de comprender qué hace allí. Te desconcentra su gesto inquisidor, como si evaluara cada palabra, cada movimiento. No hace ruido, pero su presencia te ensordece. No sabes a qué hora entró, ni siquiera logras descifrar ¿para qué? Intentas concentrarte en la clase, el murmullo de los estudiantes vuelve a ocupar el espacio.

Se escucha el timbre de cambio de clase, los estudiantes guardan sus cosas, algunos se despiden con un gesto cordial en su rostro. Suspiras, y borras la frase del tablero, dejando una mancha negra en donde antes decía “completo”.

Recoges tus cosas y te giras para despedirte de *ella*. Ya no está.

Llegas a casa. Abres la puerta y al primer paso sientes alivio, como si dejaras afuera el peso del mundo.

—Mi amor, ¿cómo te fue? —Pregunta a tu madre desde la cocina.

—Hola, ma. Creo que bien. No hay mucho por contar— te acercas a ella y le imprimes un beso en la mejilla.

—Te llamó, Juan.

—Luego, le escribo.

Subes a tu habitación. Descargas la mochila, pero sobre tu espalda algo pesa.

Escuchar ese nombre te descompone. Tomas un libro y te sientas sobre el sillón. Intentas atestarte de palabras ajenas.

Escuchas que giran la perilla de tu habitación. Te aferras al libro mientras construyes hipótesis sobre las preguntas que va hacerte mamá. Pero entra ella, va directo al ventanal, lo abre de par en par, te ofrece un cigarro. Niegas con la cabeza.

—Juan, ¿por qué terminó?

Cambias de página y finges no escucharla.

—¿Por qué terminó?

Cierras el libro y lo dejas caer sobre tus piernas.

—No sé.

—No te mientas. Tantos meses y nunca te desnudaste. No hablo únicamente del hecho de dejarte puesta la camisa, siempre, durante el sexo. Como si al cubrirte, el mundo no notara que habitas un cuerpo que no toleras. Nunca fue él. Es tu miedo.

—No lo es.

—Sí. —insiste *Ella*. —El “otro yo” del que te jactas, vive en ti. Ese otro está detrás de una tela, detrás de un intento de intimidad fallido, detrás de mí.

Fijas tu mirada en el suelo, te levantas sin pronunciar palabra, vas hacia el baño, pasas el seguro y abres la llave, dejas correr el agua para acallar su voz.

—¿Qué pasa si te dejas ver como en realidad eres? ¿Qué podría ser lo más grave? Y no hablo de Juan. No hablo de nadie distinto a ti. Es sencillo, tan fácil como apreciar tu reflejo.

El vapor de la ducha te envuelve. Dejas que el agua te toque, te recorra, intentas limpiar cada palabra incrustada en tu carne. Con la yema de tus dedos transitas tu cicatriz, te enfrentas a *ella*, esa trenza fea, protuberante. Ese queloide que atraviesa todo tu abdomen, que palpita, que duele.

Cierras la ducha y sales sin secarte del baño. Caminas desnuda hasta el ventanal, lo cierras junto a las cortinas. Te paras frente al espejo con leves rastros de vaho, te examinas, extiendes tus brazos, te giras para ver tus caderas, tus muslos. Regresas a ver tu abdomen y posas ambas manos sobre él. Te abrazas.

Por fin estás sola.